



Jacobo Bergareche, frente al Mercado de la Esperanza, donde acude «casi a diario» cuando está en Santander. DANIEL PEDRIZA

Las figuras dibujadas de un hombre y una mujer avanzan a lo largo de un día perfecto por una viñeta. Van de la cama a un desayuno, de ahí a la playa, a un juego de mesa, a una cena en grupo, y al final, a la ropa desprendida de sus cuerpos, felizmente posada en dos sillas. Los trazos, sin adornos ni paisaje, tienen la elocuencia necesaria para reverenciar el amor. Pero ¿se puede vivir en un día perfecto siempre? ¿Cabe el amor y el aburrimiento en la misma página? Jacobo Bergareche (Londres, 1976) se sirve de la correspondencia inédita que descubrió en el Harry Ramson Center (Austin, Texas) de Faulkner a su amante Meta, para proyectar 'Los días perfectos', una novela que presenta hoy en la Librería Gil de Santander (19.00 horas), y que diferencia entre memoria y nostalgia para rescatar el amor, soportar el desamor, y sobre todo, asumir el tedio que lo acecha.

—La correspondencia de Faulkner que custodia el Harry Ramson Center, y que sale en el libro, ¿es real? ¿Cómo llegó a esas cartas? —Sí, es absolutamente real. Lo más asombroso es que nos hayan dejado publicarlas porque son cartas inéditas. De hecho, la novela estuvo a punto de quedarse en un cajón porque no nos daban permiso para publicarlas. Llegué a ellas por pura casualidad. Era consejero del Harry Ramson Center e iba una vez al año a Austin. Es un lugar increíble donde guardan 43 millones de documentos. Me ponía a abrir cajas de todos, de Allan Poe, de Russell, de Celine, de Beckett. De repente, un día me encontré con estas cartas de Faulkner, una correspondencia amorosa y que

## «Conocerte es lo que te salva de buscar la felicidad en las grandes emociones»

**Jacobo Bergareche** Escritor

'Los días perfectos', que presenta hoy en la Librería Gil, reivindica la memoria del amor a partir de las cartas de Faulkner a su amante

MARTA SAN MIGUEL



hasta ahora se desconocía. La familia de Faulkner no quiso que esas cartas se editasen en vida de la hija, pero la hija había muerto en 2008. Después de denegarnos el permiso cuatro veces, al final nos dejaron publicarlas. Esa correspondencia es una buena percha para colgar una historia.

—¿Por qué una novela, y no un ensayo o un artículo?

—Iba a ser un ensayo. Pero él jamás hubiera querido que se publicara ninguna de sus cartas, y mucho menos estas. Así que lo único que me redimía era hacer una ficción, no algo de fetichismo literario, casi un cotilleo. Por eso, a cambio de cometer ese delito de meterme en su privacidad más absoluta, le devolví una novela.

—La frase de Faulkner «Entre la pena y la nada, elijo la pena», es

el tiempo que marca el ritmo de su novela, ¿siempre hay que elegir entre extremos tan distantes?

—Una amiga me dijo: «Entre la pena y la nada, elijo el ron» (se ríe). No, jamás hay que elegir entre dos cosas. Esa frase se la decía Faulkner en su carta a Meta, y también sale en su novela 'Las palmeras salvajes'. Pero al final él mismo eligió la nada, y se recluyó a criar caballos.

—Reivindicar esa intensidad a todas horas puede ser agotador...

—No me creo que sea una reivindicación del amor intenso. Creo que es todo lo contrario. Mi personaje huye de sí mismo y está en un vacío. Al final, conocerse a uno mismo es lo que te salva de buscar tu felicidad en las grandes sensaciones, en el minuto de oro, en los demás o en lo que hay fuera. Es una enfermedad contemporánea lo que

le pasa a nuestro personaje.

—¿Y qué nombre le pone a esa enfermedad?

—Es el síndrome del ahora, de vivir en la cúspide de la tempestad de la emoción, de la pasión. Que todo sea siempre como increíble.

—¿Qué lleva al personaje a darse



**LOS DÍAS PERFECTOS**

JACOBO BERGARECHE

Género: Novela.

Editorial: Libros del Asteroide, 2021. 184 páginas.

cuenta de eso, conocer a la mujer de la que se enamora en Austin o las viñetas de Faulkner?

—Ver la viñeta le hace ordenar el recuerdo. Pero la mujer le dio el texto y él está haciendo el comentario. Esa viñeta es maravillosa porque te hace pensar en lo que es pasar un buen día con alguien a quien quieres. La correspondencia es el vehículo al que se sube para recordar y construir el recuerdo, lo único que al final nos podemos quedar.

—Existen los días perfectos, esos que son normales y sin embargo tan vibrantes que se imponen sobre el resto. ¿Diría que existe la escritura perfecta?

—Existe la reescritura perfecta. Para escribir bien hay que reescribir muchísimo, no es espontáneo. Los días perfectos salen sin querer, y por eso son perfectos, pero la escritura no.

—Vuelve a publicar después de 'Estaciones de regreso' (Círculo de Tiza), y pasa de la no ficción, a una ficción con escenarios de su vida, ¿es la memoria su mejor materia prima?

—Depende del escritor. Julio Verne nunca estuvo en el fondo del mar ni en el centro de la tierra, y ahí lo tienes. Yo no tengo esa imaginación, y necesito hablar o tiento a hablar de lo que sé. Me gusta hablar de lo que conozco, los sitios que conozco, desgranarlo; creo que no hay creatividad sin memoria. Y un lugar como Austin es un sitio cojonudo para contar esta historia de amor. Porque una historia de amor en París o Roma es fácil, pero no en un sitio repleto de vaqueros disfrazados o montados en 'segway'.

—Hablando de amor, ¿es la memoria una aliada o la hemos convertido en un lastre, como la nostalgia?

—La nostalgia es un sentimiento muy tóxico, es mirar para atrás pensando en que lo bueno ya ha pasado. Albert Camus decía: «En medio del invierno descubrí que había dentro de mí un verano invencible», y es así, creo que todo lo bueno que ha pasado es una reserva por dentro que ilumina los días malos. Uno tiene en el recuerdo todo lo bueno, se agarra a esa luz y con esa luz sigue. Hay dos maneras de usar el recuerdo, saber que lo bueno sigue existiendo y no se ha acabado, y otros que lo miran pensando que todo lo bueno ya ha sido. —Ha escrito una novela que habla del tedio del amor, pero también del tedio del periodismo profesión del protagonista, que por cierto, empezó su carrera en un periódico de Santander... —No he sido periodista, pero conozco muy bien ese mundo por mi familia y por amigos. Al periodismo le pasa como a muchas otras profesiones, como a los publicistas o los fotógrafos, que antes de internet tenía un estatus diferente al que tiene ahora. El protagonista percibe eso y está quemado, porque percibe que el periodismo ya no es así y que su profesión se acaba.